

1

MYLES

—Miles... ¿Se escribe así tu nombre? —preguntó Wynter, señalando el dibujo de un oso peludo en el cuento que le estaba leyendo.

—No, el mío se escribe con y. —Estaba sentado en el borde de su cama y ella estaba tumbada de lado, con su peluche, Bunyan, entre los brazos, debajo de la barbilla. Le estaba leyendo uno de sus cuentos favoritos por centésima vez desde que Mae y Darin Bailey me habían acogido.

La cuenta atrás había comenzado. Iba a cumplir dieciocho años y a ser libre para hacer lo que quisiera una vez que el reloj marcara la medianoche. Iba a marcharme y a llevarme todo lo que era mío.

Unas semanas después de mi llegada, Darin Bailey había hecho un trato conmigo. Podía trabajar para él a cambio de un sueldo si prometía ahorrarlo. Y lo había hecho. Había ahorrado, joder. Había trabajado como una mula.

Y no iba a perder lo que tenía. Llevaba tanto tiempo durmiendo en camas y sofás prestados que necesitaba rodearme de mis cosas, tener algo que fuera mío. El dinero de mi cuenta no era mucho, pero iba a permitir que me alejara de Bourbon Canyon, Montana. Tenía planes.

El miedo reprimido empujaba las costuras de mi mente. Como si algo malo fuera a pasar si me quedaba demasiado tiempo. Quizá al día siguiente entraba en mi cuenta y veía que el dinero había desaparecido. O los Bailey me culpaban de algo, de cualquier cosa, e iba a volver a sentirme como el niño que había sido.

Sí, había estado a salvo ahí durante más de dos años —nadie me quitaba el dinero y no iba de casa en casa con nada más que

una bolsa de basura llena de ropa donada—, pero esa etapa estaba llegando a su fin, gracias a un mensaje de cumpleaños que había recibido poco antes.

«Ya eres mayor de edad. Ya no dependes del sistema. Te sacaré de ese campo de trabajo».

Tenía que irme. En la medida de lo posible, en mis propios términos. Y antes de que los Bailey tuvieran que lidiar con un montón de mierda por mi culpa.

—Sigue leyendo. —Wynter le dio un golpecito al cuento con su dedo meñique.

—Te lo sabes de memoria, copito de nieve.

Ella se rio como hacía siempre que la llamaba por ese apodo que tenía tanto que ver con su nombre, Wynter, «invierno» en inglés (pero con y).

Me había graduado en junio, pero si alguno de mis antiguos compañeros de clase me hubiera visto en ese momento, no se lo habría creído: le estaba leyendo un cuento a una niña de seis años.

Wynter y sus tres hermanas mayores habían sido acogidas por los Bailey antes de que yo me fuera a vivir con ellos, y mientras las otras niñas se mostraban aturdidas y abatidas por haber perdido a sus padres en un accidente de coche, Wynter era ruidosa e inconsolable.

Un día tuvo una rabieta que me hizo querer salir de la casa bajo la lluvia torrencial y no parar hasta llegar muy lejos, pero un viejo recuerdo me llevó a coger un cuento y leérselo. Las imágenes de los días en que no sabía nada sobre la muerte, las drogas y los hogares de acogida me hicieron seguir, y con cada palabra surgía una nueva evocación, agradable, felizmente normal... Así que continué.

Al principio, le leía en voz alta mientras ella lloraba. Sus hermanas se escapaban, y los chicos Bailey estaban fuera, trabajando con su padre, Mae estaba ocupada en el lavadero y yo solo deseaba tener ya dieciocho años para marcharme. Quizá fue la falta de testigos lo que me llevó a interpretar la voz de los personajes, pero

el efecto fue asombroso, y Wynter se calmó al instante. Cuando terminé el cuento, ella fue a la habitación que compartía con una de sus hermanas y me trajo otro, que también le leí. Mae se asomó y casi se desmayó de alivio al ver lo que estaba pasando.

A partir de entonces, cuando Wynter tenía una rabieta, normalmente cuando había tormenta, me llamaban para que le contara un cuento. Cuando no podía dormir, yo le leía.

Pasé la última página. Cuando la última palabra salió de mi boca, ella parpadeó y se rascó los ojos.

—¿Otro cuento más? —preguntó, y bostezó.

Normalmente, limitaba las sesiones a uno, porque, si no, antes de darme cuenta, le habría leído ochenta. Pero ella me lo pedía de todos modos, y esa noche le leería uno más.

—¿Qué tal el de la adopción que te regaló Mae?

Sus pequeños labios se curvaron hacia abajo.

—Ese es aburrido.

Me eché a reír. Mae debía de habérselo leído a ella y a todas las niñas.

—Tu adopción será pronto, y Mae quiere que estés preparada.

—No sé si podré llamarla mamá —susurró, con los ojos marrones muy abiertos, como si temiera que Mae interviniera y anunciara que la adopción se había cancelado.

—A Mae no le importa cómo la llames.

En cuanto a padres adoptivos, Mae y Darin estaban en lo más alto de la lista. Quizá si hubiera acudido a ellos, no habría sido el capullo que era en ese momento con todo el mundo excepto con una niña que había llorado como si entendiera mi pena.

—Vamos. Túmbate y te lo leeré. Puedes soñar con convertirte en Wynter Bailey.

—Wynter Bailey —murmuró, con el ceño aún fruncido.

Le leí el libro. Para cuando terminé la historia sobre el zorro que ya le había leído cientos de veces, Wynter estaba dormida, con la cabeza hacia el otro lado y Bunyan en el hueco de su brazo.

La tapé con las mantas.

—Buenas noches, copito de nieve.

Apagué la lámpara. Ya estaba dormida, así que solo tenía que meter todas las bolsas de la compra llenas de toda la ropa que poseía en el mundo en el coche destartado que me había dado Darin y largarme. Conduciría toda la noche hasta llegar a Denver. Una ciudad más grande, con más oportunidades, en la que era más fácil perderse.

Eché un último vistazo a la niña que me había impedido marcharme a otro hogar de acogida. Me había hecho sentir útil, valioso y productivo.

La culpa se me clavaba en el pecho. No estaba acostumbrado a echar de menos a personas o lugares, pero marcharme me resultaba más difícil de lo que había esperado. No volvería a verla, ni a ella ni a sus hermanas, pero iban a estar mejor sin mí. Los Bailey las criarían como si fueran suyas y tendrían tres hermanos mayores para protegerlas. No me necesitaban.

—Te echaré de menos —murmuré en la habitación a oscuras, y me di media vuelta para marcharme. Cuando despertara, yo ya me habría ido. No tenía intención de regresar a Montana, y, con una familia tan grande en la que crecer, dudaba que ella se marchara nunca. No volveríamos a vernos—. Disfruta de tu nueva familia.

2

VEINTIDÓS AÑOS DESPUÉS

WYNTER

«Ya sabes lo que se dice de un hombre que posee un edificio enorme...».

Me reí para mis adentros y me detuve. Las tres plantas superiores del edificio de cuatro pisos estaban cubiertas de grandes ventanales, y alguien podría verme riéndome sola en el aparcamiento y mis oportunidades podían esfumarse antes de empezar.

Contemplé la imponente construcción de ladrillo y apreté con más fuerza la correa de mi bolso de cuero. Foster House Whiskey. El inmueble era más alto de un lado que de otro —¿sería la antigua sede de la mina?— y parecía como si se hubiera construido otro más nuevo pegado a él. El imponente director ejecutivo lo había comprado, lo había restaurado y lo había convertido en una destilería cuando apenas tenía edad para beber.

Myles Foster.

Myles, con y.

Tenía unos minutos antes de registrarme. Eché un vistazo a mi teléfono. ¿Estaba buscando una razón para abandonar esa estúpida misión y regresar a casa, a Bourbon Canyon?

Apareció un mensaje de mi hermana Summer.

Summer: *Todavía está disponible.*

Torcí el gesto. Había una vacante en la empresa familiar. Un puesto de marketing perfecto para mí, como si lo hubieran diseñado a medida, más que nada porque era así. Pero después de meses —sus-

piré—, de años vigilando a Myles Foster, por fin había llegado mi oportunidad. Además, no podía volver a casa. Todavía no.

Una persona sensata le habría enviado un correo a Myles, lo habría llamado o incluso le habría escrito un mensaje en el cielo con un avión. De todas mis opciones, el avión habría sido la más fácil.

Myles Foster no se relacionaba con la gente. Al parecer, no le interesaba hablar con nadie, solo enviaba correos electrónicos cuando era absolutamente necesario y probablemente no les hacía caso a los mensajes escritos por aviones. La única información de contacto que aparecía en la página web de Foster House era la de su equipo de Relaciones Públicas. No tenía redes sociales, ni perfil en ninguna página de citas que yo hubiera encontrado ni un número de teléfono público.

Ya había intentado contactar con él a través de su empresa y me había topado con un muro en el servicio de atención al cliente.

El chico que había desaparecido una noche sin avisar era esquivo. No debía sorprenderme.

Sentía curiosidad por él. Tenía preguntas. Pero, sobre todo, quería...

No sabía qué quería.

Las palabras de mi madre resonaron en mi cabeza: *«Eres curiosa como los gatos, y seguro que acabas perdiendo pelo como ellos»*.

Era hora de satisfacer esa curiosidad.

Dejé mi cascado SUV Honda híbrido en el aparcamiento y me dirigí a la entrada. Los tacones de mis botines repiqueteaban contra el asfalto y la brisa de la montaña impedía que sudara bajo el sol de principios de julio. Una de las paredes de la destilería era toda de cristal, lo que permitía ver los alambiques de cobre desde el exterior, que combinaban con los soportes metálicos que fijaban los gruesos postes de madera a las paredes y los techos.

La entrada estaba en el lado de las oficinas del edificio. Cuando trasasé el umbral, reduje el paso. El interior de la destilería era impresionante: la madera, el metal y la piedra estaban dispuestos artísticamente para que el lugar pareciera la pieza central de las montañas.

Un chico con un elegante polo amarillo del mismo tono que la etiqueta de Foster House me sonrió alegremente. En su chapa identificativa ponía «*Braxton*».

—Hola —saludó con un tono demasiado alegre para ser las ocho menos siete minutos de la mañana—. ¿En qué puedo ayudarla?

¿Recibían muchos visitantes antes de que comenzara la jornada laboral? La destilería ofrecía visitas guiadas, pero no empezaban antes de las diez.

—Vengo por el puesto temporal con el señor Foster.

Su rostro no denotó sorpresa. Sabía quién era yo antes de que entrara por la puerta.

—Sí. La señora Crane la está esperando. —Miró el reloj y su expresión se tornó consternada.

—¿Pasa algo?

Sus rasgos volvieron a parecer neutros y profesionales.

—Por supuesto que no. Puede subir por las escaleras hasta la cuarta planta o utilizar el ascensor que hay a la vuelta de la esquina.

Miré los escalones. Cuatro tramos. La subida andando sería preciosa, pero no quería llegar jadeando ante Myles.

—Si hago trampa y uso el ascensor, ¿me lo echarás en cara, Braxton?

Él sonrió, dejando ver un hoyuelo.

—No lo haré.

De acuerdo.

Con esa promesa, encontré el ascensor y subí hasta la cuarta planta.

Al abrirse las puertas vi un imponente reloj de pie que se alzaba frente al ascensor. Las paredes exteriores estaban revestidas de ladrillo con detalles en madera y metal. La oficina era elegante, con una estética rústica, al estilo de un refugio de esquí en Aspen, que encajaba perfectamente con la reputación de un soltero *playboy*.

¿Myles lo era? ¿Iba a esquiar y dejaba tras de sí un rastro de chicas satisfechas?

Lo había investigado. Bueno, «acosado» era una palabra más adecuada, pero «investigado» hacía que el historial de mi navega-

dor pareciera menos obsesivo. La misma foto profesional circulaba por todas las revistas, con la excepción de una publicación local que tenía una única foto de él frente a un alambique de cobre con una impresionante vista detrás.

Irradiaba poder desde la página. Con sus penetrantes e intensos ojos azules y su boca en una línea recta. Parecía menos desenfadado que cuando era adolescente, y sí infinitamente más poderoso y autoritario.

Sentí un cosquilleo en el estómago que me recorrió de la cabeza a los pies. Salí de la tranquila seguridad del ascensor y me encontré con una mujer mayor detrás de un escritorio, con unas gafas de lectura colocadas en la punta de la nariz. El cuello de su blusa de seda granate era alto, como si eligiera su vestuario por el siglo y no por el ambiente.

Levantó la vista y una amplia sonrisa apareció en su rostro. Ya había hablado con la señora Crane antes, pero era la primera vez que nos veíamos en persona. Nos habíamos llevado bien por teléfono y estaba deseando pasar la semana formándome con ella. Rodeó el escritorio, estirándose la falda negra de corte recto.

Menos mal que no había elegido unos vaqueros. Los *leggings* de pata de gallo y la blusa rosa de cachemira que dejaba los hombros al descubierto eran casi demasiado informales en comparación con Stella Crane.

—Buenos días, señorita Kerrigan. Encantada de conocerla en persona.

—Wynn, por favor. —Me había llamado Wynn cuando habíamos hablado por teléfono. Le tendí la mano para estrechársela, pero ella se acercó, me puso una mano firme entre los omóplatos y se acercó para hablarme en voz baja.

—Aquí tendrá que dirigirse a mí como señora Kerrigan. El Señor Foster prefiere la formalidad.

Solté una breve carcajada.

—Es una destilería.

Se detuvo de repente, con expresión cautelosa.

—¿Por qué eso no iba a significar profesionalidad?

Mierda. Me iban a despedir antes de empezar.

—Lo siento. Las destilerías en las que he trabajado antes preferían un ambiente informal. El personal era como una familia.

Stella se relajó y me acompañó hacia un imponente despacho separado del resto de la planta.

—Sí, bueno... El señor Foster es más... —Me dedicó una sonrisa comprensiva, acercando la mano a la puerta—. Bueno, más... —Llamó a la puerta.

—Adelante.

La profunda vibración de su voz me recorrió la piel y me acarició los oídos. Esa no era la voz que recordaba.

No me fijé en la amplia oficina: mi atención se centró en él.

De hombros anchos y vestido con un traje gris ceniza, me daba la espalda mientras miraba por la ventana. Su cabello negro azabache ya no era la maraña de pelo revuelto que había sido cuando era más joven: cada mechón estaba en su sitio.

La ventana daba al aparcamiento. ¿Cuánto tiempo llevaba mirando hacia fuera? ¿Me había visto? ¿Había sido testigo de mi risita?

Eché un vistazo por encima del hombro.

—Llega tarde.

Me eché hacia atrás a pesar de lo deliciosamente bien que su voz me hacía sentir.

—Aún no son las ocho.

La señora Crane se volvió bruscamente para mirarme, con los ojos encendidos.

Vaya. Es en serio...

—Llegar temprano es llegar a tiempo, y...

—... llegar a tiempo es llegar tarde —terminé, sonriendo. Uno de los mantras favoritos de mi padre. Myles lo recordaba.

—¿Tiene por costumbre interrumpir? —Se giró por fin y una réplica ingeniosa se me atragantó en la garganta.

Estaba tremendo. Su traje, perfectamente cortado, se estrechaba desde sus anchos hombros hasta la cintura. Esos ojos... No se perdían nada años atrás, y en ese momento eran aún más duros. La tensión de su mandíbula habría podido aplastar diamantes. En lugar de corbata, llevaba abierto el cuello de la camisa

blanca; era solo un botón, pero lo suficiente para dejar al descubierto la fuerte columna de su cuello.

Era tan alto que podría haberle mordisqueado el cuello mientras él...

—Señorita Kerrigan. —Su voz fue como un latigazo.

Mierda, mierda. Se suponía que no debía tener pensamientos sexuales sobre Myles. Levanté la vista rápidamente y me encontré con esa expresión dura como el acero.

—¿Perdón? —¿Me había perdido algo de lo que había dicho?

Me eché hacia delante, incapaz de contenerme. Lo miré fijamente a los ojos, buscando una señal de que me hubiera reconocido. Ya no era la niña rubia que odiaba que le cepillaran el pelo; lo llevaba largo y liso, recogido en un sencillo moño. El flequillo, una mala decisión tras una ruptura aún peor, me estaba creciendo y lo llevaba remetido por detrás de las orejas.

¿Sabía quién era yo? La gente con la que había crecido nos llamaba a mis hermanas y a mí «las chicas Bailey», pero los Bailey aún no nos habían adoptado cuando Myles vivía con nosotros. ¿Recordaba mi apellido?

Su mirada inquebrantable seguía siendo fría. No había ni rastro de un recuerdo ni señal de un deseo de volver a conectar.

La chispa que había mantenido encendida durante veintidós años se apagó y me dejó en la oscuridad. ¿No me conocía? ¿En absoluto?

—No ha respondido a mi pregunta. —Parecía casi divertido por haberme dejado sin habla. Ese no podía ser el mismo Myles que me leía cuentos sobre un conejito con su nombre. Pensaba que no sabía para qué había ido ahí, pero era mentira. Quería conocer al hombre en el que se había convertido. Quería que me recordara. Quería saber si una niña asustada le había causado tanta impresión como él a mí—. ¿Señorita Kerrigan? —Pronunció cada sílaba con lentitud.

La señora Crane juntó las manos y agachó la cabeza. Iba a dejar que él se comportara como un idiota condescendiente conmigo. ¿Era normal esa actitud o se trataba de una prueba? En cualquier caso, ¿podía soportarlo?

Enderecé la espalda. No me iba a marchar. Ese no era el Myles Foster que yo conocía, no. El señor Foster había construido la destilería independiente de más rápido crecimiento de Colorado y vendía un whisky de pequeña producción que había obtenido varios galardones en un mercado muy saturado antes de cumplir los cuarenta años —que había cumplido hacía menos de un mes, en junio—. Ese señor Foster empleaba a más de cincuenta personas entre la destilería, el almacén y la planta de embotellado, y ninguno de ellos hablaba con la prensa. Si había conseguido tanta lealtad, una parte de él seguía siendo aquel niño que solía leerme cuentos. El niño que incluso cantaba cuando el libro lo requería. Aunque desafinaba muchísimo.

Tal vez mis hermanas y yo hubiéramos cambiado nuestro apellido, pero seguíamos siendo Bailey. Habíamos crecido aprendiendo los principios de los Bailey y adquiriendo su encanto. No nos habían enseñado a rendirnos.

—Lo siento, señor Foster —dije, esbozando la sonrisa que siempre enfurecía a mi hermano mayor—. No quería interrumpirle.

Él entrecerró los ojos.

La señora Crane inspiró hondo, y eso le provocó una tos. Se llevó los dedos a los labios.

—Vaya. Disculpe.

Myles no se distrajo. Me mantuvo en su furioso punto de mira.

—Creo que una actitud frívola no funciona bien en este entorno, señorita Kerrigan. Puede marcharse.

Necesité un momento para asimilar sus palabras.

—¿Perdón? —Debía de haberlo oído mal. Había llegado muy lejos, lo había planeado todo; no podía irme cuando ya tenía a Myles delante de mí. Él no tenía ni idea del impacto que había tenido en mi vida. Ni del efecto que su marcha había provocado.

Si antes sus ojos eran fríos, en ese instante eran gélidos. La temperatura de la sala bajó diez grados, y se me puso la piel de gallina.

—Está despedida, señorita Kerrigan.

Me senté con las piernas cruzadas en el suelo de mi apartamento, en las afueras del sur de Denver. El edificio estaba repleto de gente y rodeado de aún más edificios y más gente, pero al menos estaba lejos del centro de la ciudad. Incluso podía ver las montañas... en ciertas calles que daban en su dirección. Pero pronto regresaría a las impresionantes vistas desde la puerta de casa de mi madre. Me habían despedido.

Hirviendo de rabia, levanté la botella de vino. No me había molestado en usar una copa. Beberme una botella entera era mejor que tomar una pinta del bourbon de mi familia. Estaba enfadada, pero no quería fastidiarla. El merlot era una opción más segura para un festival de autocompasión.

A mi alrededor se apilaban cajas de mudanza medio vacías. El día anterior había desempaquetado la mitad. Esa noche había empaquetado la mitad. Una risa maníaca brotó de mi pecho.

Puto Myles Foster.

Estaba sin trabajo. En lugar de mudarme, tenía que irme.

Mis hermanos tenían razón. Myles era un capullo egoísta. No le importaba nadie más que él mismo. Se había llevado nuestro coche y todos los conocimientos de papá y había montado un negocio que competía con nosotros.

Técnicamente, él se especializaba en whisky, mientras que la marca Copper Summit se basaba en el bourbon, pero nosotros también teníamos líneas de whisky. El abuelo de mi padre había empezado con el bourbon, lo que le había dado a nuestra ciudad natal el nombre de Bourbon Canyon, pero el negocio familiar se había expandido. Copper Summit tenía destilerías de whisky y bourbon en Bozeman, Billings y Helena.

«Hecho en Montana. Orgullo de Montana». Esa frase aparecía en nuestras etiquetas.

—El puñetero Foster tiene «Haz de cada casa una casa Foster». —*Uf*. Suspiré, enfadada, y le di un trago a la botella. El merlot no era lo mejor para beber con rabia, pero el vino lo había dejado mi ex, ese por el que me había cortado el flequillo.

Recibí un mensaje en el teléfono. Era Summer otra vez.

Mi hermana mayor era un fastidio. Trabajaba para Copper Summit en la sede central de Bozeman y quería que yo me empleara en la oficina de Bourbon Canyon. Yo quería ver el país y experimentar una vida que no podía encontrar en un pequeño pueblo de montaña, que tenía más ganado que personas. No quería regresar con una familia que criaba ese ganado.

Pero tenía que hacerlo. Mis planes tendrían que esperar, y no era Myles Foster quien los había puesto en pausa, al menos del todo.

Summer: Vamos, Wynn. Sabes que él no va a vivir mucho más.

Sentí calor en la nuca. Como si necesitara enfadarme más esa noche... Le respondí.

Yo: Dega de darrme la lata.

Pulsé enviar y entrecerré los ojos. Mierda. Había escrito mal un par de palabras y se iba a dar cuenta. No podía escabullirme de Summer ni estando a dos estados de distancia.

Sonó el teléfono y en la pantalla apareció «*Hot Girl Summer*».

—Sabes que la gente de nuestra edad no hace llamadas telefónicas —respondí.

—Tienen que hacerlo cuando su hermana pequeña se emborracha sola en la ciudad.

—Justo ahora es cuando me falla el autocorrector —murmuré, y tomé otro trago. Lo que habría dado por un buen trago de bourbon con sirope de arce...

—¿Qué estás bebiendo?

Fruncí el ceño.

—Vino.

—Ah, bien. No es un problema con un chico.

—No creas que no. No es un problema con *mi novio*. —Las cosas que se me pasaban por la cabeza cuando lo miraba iban

más allá de las obligaciones de un novio. No me interesaba que me llevara el desayuno en la cama ni que me regalara una docena de rosas rojas. Myles parecía capaz de hacerle de todo a una chica de la *peor* manera posible, y la mayor parte de ello debía de ocurrir entre las sábanas.

Sentí un escalofrío. No esperaba sentirme tan atraída por él. Mi obsesión había comenzado como la adoración de una niña pequeña. Él era mi príncipe azul. Había luchado contra mis dragones cuando yo tenía miedo. Luego había visto su foto de adulto y la curiosidad se fue avivando hasta que nos encontramos.

Entonces había abierto esa boca perversa.

¿Follaba tan duro como hablaba?

—¿Qué pasa? —preguntó ella.

No podía decírselo. Por eso había conseguido un lugar que estaba bien alejado de Denver y de la destilería. No podía arriesgarme a que alguno de mis hermanos descubriera mi verdadero objetivo. Si se lo hubiera confesado a Summer, habría pensado que estaba loca y se lo habría dicho a mis hermanos, que me habrían acosado con sus sermones sobre lo malo que era perder el tiempo. Y se habrían enfadado aún más al saber que estaba pensando en trabajar para el enemigo.

Foster House no era competencia directa, pero sí era competencia, y eso era suficiente para que la mayoría de mi familia se sintiera traicionada. Mis hermanos, en realidad. Mis hermanas rara vez mencionaban a Myles, y a mi padre no parecía importarle y se limitaba a decir: «*Tienes que ser mejor. Si no, no eres el mejor.*»

Myles era el más duro. Y el más sexy.

—Me han despedido. Y él se ha comportado como un capullo.

—¿Quién? —preguntó ella, indignada.

Lo bonito de tener familiares que también eran amigos íntimos era que se enfadaban antes de conocer toda la historia.

—Nadie. Solo un tipo ávido de poder que pisotea a todo su personal ejecutivo.

Ella resopló.

—Wynter, no tienes por qué ser asistente cuando puedes regresar a casa y estar a cargo de todo el departamento de *marketing*.

Mi familia me estaba guardando el puesto. Incluso había estado haciendo ese trabajo antes de mudarme de Bourbon Canyon. Antes de dejar mi apartamento y mudarme a una ciudad donde solo conocía a un hombre..., un hombre que no me conocía a mí.

—Solo me quedará un poco más. —El tiempo suficiente para averiguar quién era el tipo que me había ayudado a superar algunos de los peores momentos de mi vida.

—Pero papá...

Puse los ojos en blanco y todo me dio vueltas.

—Papá está enfermo. Lo sé. —El mes anterior había regresado a casa unos días. Había hablado con papá y lo que me había dicho me había empujado al vacío, y había pasado del «bicheo» cibernético a solicitar un trabajo temporal. *«El hogar es donde aterrizas. Vuela hasta que quieras regresar a casa».*

Necesitaba volar un poco más, y se suponía que Stella Crane iba a coger una baja por una operación. No me dijo a qué clase de operación iba a someterse, y no era asunto mío, pero iba a ser larga y necesitaba a alguien que la sustituyera. Sin embargo, su dominante jefe no quería contratar a un sustituto, ni temporal ni de ninguna otra clase, aunque yo fuera perfecta para el puesto. Me habían preparado para trabajar en la destilería, y, como decía Summer, habría podido llevar el negocio. Cualquiera de los Bailey podía, y también todos los Kerrigan.

—Papá no va a vivir mucho más. —Su voz se quebró, y las lágrimas me escocieron en los ojos.

—Maldito cáncer.

—Lo sé. Cada vez que recibo una llamada de mamá o de alguno de los chicos, se me encoge el corazón. Esperar es casi tan malo como...

—Sí —susurré. Perder a nuestros padres biológicos de repente en una noche tormentosa había sido terrible, y me había provocado pesadillas y miedo a las tormentas para el resto de mi vida.

—¿Recuerdas cuando mamá Starr compraba un montón de papel higiénico para las personas que habían perdido a sus seres queridos? —rio Summer. Mamá Starr era nuestra madre bioló-

gica, y la llamábamos así cuando teníamos que diferenciarla de mamá Mae, que era Mae Bailey. A nuestro padre biológico y a nuestro padre adoptivo los llamábamos «papá» a los dos. Habíamos tenido la suerte de tenerlos a todos en nuestras vidas, por fugaz que hubiera sido ese tiempo—. Me daba mucha vergüenza entrar en una casa donde todos llevaban fuentes de comida y mamá llevaba papel higiénico en una mano y toallas de papel en la otra.

Me reí con ella, pero mi memoria estaba en blanco.

—Debía de ser demasiado joven para ir contigo.

—Autumn todavía se avergüenza cuando lo recuerda. —Summer suspiró—. ¿Seguro que estás bien?

—Sí. Esta noche me voy a dejar llevar y mañana decidiré qué quiero hacer. —Regresar a casa para ver cómo papá se debilitaba y se volvía más frágil no era una opción.

—¿Y si encontráramos la manera de que trabajaras conmigo en la oficina de Bozeman?

Se me alegró el corazón. Summer podía ser pesada, pero siempre velaba por sus seres queridos. Trabajar a su lado sería divertido, pero no esperaba dejar Colorado tan pronto.

—Ya te diré algo...

Un rato después, colgué y me quedé mirando la botella de vino casi vacía. El apartamento daba vueltas a mi alrededor, y fruncí el ceño. Echaba de menos Bourbon Canyon. Echaba de menos despertarme y ver las montañas cada mañana. Echaba de menos oír el ganado en el patio trasero. Echaba de menos los huevos frescos para desayunar.

Echaba de menos estar rodeada de mi familia.

Tal vez no recordara mucho sobre mamá Starr, pero sí podía rememorar el miedo a no tener un hogar. A que mis escasas pertenencias fueran empaquetadas en una bolsa de basura mientras un desconocido me hablaba con palabras lentas y excesivamente articuladas.

Mi peluche, Bunyan, estaba en el sofá.

«—Miles... ¿Se escribe así tu nombre?

—No, el mío se escribe con y».

Una conversación tan sencilla... Era tan paciente conmigo...
Discutía con papá, un poco menos con Mae, y mis hermanos se
peleaban constantemente con él, pero para mí tenía todo el tiempo
del mundo.

¿Qué lo había convertido en un cabrón tan frío?
¿Podía aceptar que nunca iba a saberlo?

3

WYNTER

Podía ser muy testaruda en los peores momentos. La imponente destilería se alzaba ante mí, más intimidante que el día anterior.

En lugar de mi jersey rosa y mis *leggings* de pata de gallo, llevaba una camiseta holgada de color fucsia que dejaba ver mi sujetador deportivo negro y gris, pantalones de yoga negros y zapatillas deportivas. Mi cabeza, que latía con fuerza, no se había molestado en buscar algo más impresionante.

¿Qué hacía yo allí?

No quería irme de Denver sin que Myles supiera quién era. Había venido para revelarme ante él y ver cómo reaccionaba. Sin embargo, mi determinación parecía una mala idea a plena luz del día.

Al hombre que había conocido el día anterior le daba igual que yo fuera Wynter Kerrigan. Probablemente nunca había vuelto a poner un pie en Montana, y seguramente le molestaría encontrarse con un recuerdo andante de la infancia que había dejado atrás.

No sabía mucho sobre la infancia de Myles antes de los Bailey, pero a lo largo de los años mis hermanos habían hecho comentarios sobre los distintos niños en acogida que habían vivido con nosotros. Myles había pasado por varios hogares, y, en la mayoría de los casos, su marcha había sido a petición de su familia de acogida. Entonces los Bailey lo habían acogido y le habían propuesto un trato para ayudarlo a ahorrar dinero hasta que cumpliera los dieciocho años.

Se me encogió el corazón, como siempre que recordaba la mañana que se había ido.

Antes de ir a vivir con nosotros, había pasado por varios hogares en Bozeman. Cuando había llegado a nuestra casa, tenía moratones en la cara. Me habían dicho que se los había hecho en una pelea en el colegio, pero yo le tuve miedo hasta que el tono tranquilo de su voz había disipado mis temores.

Nunca supe cómo había perdido a sus padres —o, si aún estaban vivos, cómo lo habían perdido ellos a él—.

Tenía muchas preguntas, y probablemente no iba a obtener respuestas. Sin embargo, había conducido hasta el sur de Denver, a las afueras de Castle Rock. La vista era preciosa, con picos nevados en la distancia, colinas y valles atravesados por sinuosas carreteras. La ciudad estaba salpicada de tiendas pintorescas, algunas con un aire del Viejo Oeste, viviendas familiares y negocios en expansión que llevaban la zona al siglo XXI. Eran montañas pintorescas, pero no se parecían a las que había visto al crecer. Sentí una punzada de nostalgia en el esternón: echaba de menos mi hogar.

Más valía terminar lo que había ido a hacer, o me reprocharía mi cobardía durante los cuarenta y cinco minutos de regreso a mi apartamento. Luego podía tomarme un buen desayuno y aliviar el sordo dolor de cabeza que se negaba a desaparecer.

En el interior, le sonreí alegremente a Braxton y seguí mi camino.

—Buenos días.

—Mmm, señorita... —Rodeó su escritorio—. ¿En qué puedo ayudarla?

—Vengo a hablar con el señor Foster. —Seguí hacia el ascensor.

Él se apresuró a alcanzarme. ¿Iba a echarme del edificio antes de que llegara al ascensor? Me desvié hacia las escaleras. Al fin y al cabo, llevaba ropa de deporte.

Braxton intentaba acorralarme como un perro pastor.

—Pero, señorita...

—Déjala subir.

Braxton y yo nos detuvimos y levantamos la cabeza. Las escaleras iban en una dirección y luego en otra, y cambiaban de sentido dos veces más. La barandilla superior permitía a Myles dominarlo todo, desde el vestíbulo hasta el techo, y eso era lo que

estaba haciendo en ese instante. Me miraba con ira, con los ojos azules más oscuros que el día anterior. Era absurdo que pudiera darme cuenta desde donde estaba.

—¿Señor Foster? —Pobre Braxton. Parecía aterrorizado, y era culpa mía. No. Erguí los hombros: su miedo se debía al estilo de gestión de Myles, no a mí.

Myles solo ladeó la cabeza para calmar la ansiedad de Braxton.

—Señorita Kerrigan, ¿podemos hablar?

—¿En serio? —murmuré. La irritación me oprimía las sienas junto con la resaca. Estaba dispuesta a enfrentarme al chico de recepción, que no era mucho más joven que yo pero parecía infinitamente más inocente, ¿y Myles me pedía que le dedicara mi tiempo? Si en la otra ocasión no había tardado ni un segundo en echarme... Un momento, ¿sabía quién era yo? ¿Se había dado cuenta y planeaba regañarme? Su mirada se aguzó como si me hubiera oído, y se me aceleró el corazón. Noté que un rubor desesperado inundaba mi cuerpo. ¿Debía huir antes de tener que explicarle por qué lo había localizado? Desde su posición privilegiada, ¿parecía yo un ratón de campo vigilado por un halcón? Un halcón era demasiado amable, demasiado pequeño. ¿Qué era más amenazador que un halcón? ¿Una garza? ¿Un águila? Sin duda, un águila—. ¿Señorita Kerrigan? Parece que siempre tengo que repetirme con usted.

Eché la cabeza hacia atrás; mi miedo se desvaneció y la irritación ocupó su lugar. Menudo hijo de puta. No había sido tan capullo de niño, ¿verdad?

—La paciencia es una virtud, señor Foster. —Compuse una dulce sonrisa—. Ahora mismo voy.

Me negué a subir por las escaleras. Para cuando llegara arriba, el vino se me saldría por los poros, y no pensaba darle la satisfacción de saber que me había emborrachado por su culpa. Como si le importara, de todos modos...

El trayecto en el ascensor me revolvió el estómago. Vomitar sobre sus caros mocasines iba a ser lo más destacado de mi viaje.

Cuando las puertas se abrieron con un «clin», él ya estaba allí, con las manos metidas en los bolsillos de sus pantalones gris car-

bón. Llevaba una chaqueta a juego y, de nuevo, la camisa azul claro con el cuello abierto. Era informal, pero muy profesional.

—Señorita Kerrigan.

El golpeteo en mi cabeza se atenuó con su voz. Porque, por supuesto, tenía que ser así... Su voz había sido mi bálsamo hacía mucho tiempo, y el efecto solo se había intensificado con el tiempo.

—Señor Foster —respondí como si no estuviera vestida para ir a pilates y no le hubiera hecho un gesto grosero hacía unos minutos.

—Venga a mi oficina. —Se alejó con paso firme.

Tuve que empujar las puertas del ascensor, que se estaban cerrando, y apresurarme para alcanzarlo. Mi penitencia por hacer correr a Braxton.

Una vez dentro de su despacho, no se molestó en cerrar la puerta. ¿Significaba eso que iba a echarme en cuanto me dijera que sabía quién era yo y que no le gustaban los mentirosos?

Aunque, técnicamente, no le había mentado.

Me señaló con la mano una lujosa silla, que parecía más cómoda que cualquier mueble que hubiera pensado comprar para mi apartamento. Me senté mientras él se acomodaba detrás de su escritorio, que combinaba con las vigas del techo y estaba lleno de informes cuidadosamente apilados, dos carpetas y un ordenador portátil. Había un solo bolígrafo encima de un montón de papeles.

Me miró con severidad. Mi cuerpo no sabía si sobrecalentarse o congelarse. La tensión que sentía en el estómago era un invitado no deseado a la fiesta.

Crucé las manos delante de mí; pretendía mostrarme como la personificación de la calma, cuando en mi interior se había desatado una tormenta.

—¿Quería hablar conmigo?

Su mirada se intensificó y se recostó en su asiento, pero sin parecer relajado en absoluto. Tenía un codo apoyado en el reposabrazos de la silla de oficina.

—La señora Crane ha tenido que ausentarse antes de lo previsto.

—Oh, no. Espero que todo vaya bien.

Esperé las acusaciones: que lo estaba espiando, o que estaba metiendo las narices donde no me llamaban, o que era una acosadora, y que si un chico se hubiera obsesionado con una chica como yo lo había hecho con él, habría acabado con una ficha policial y un abogado. Pero solo había nombrado a la señora Crane.

La preocupación me formó un nudo en la garganta. Quería enfadarme con ella por dejarme colgada como un cadáver para que Myles me reprendiera, pero lo entendía. Era su carrera. Ella no estaba llevando a cabo una misión de investigación, como yo, y yo había disfrutado de nuestras charlas.

Sus labios se apretaron aún más, si eso era posible.

—No es nada grave, pero estará fuera hasta que empiecen las diez semanas de baja por enfermedad. —Inspiró hondo—. Lo que me deja sin asistente.

Contenta de que ella estuviera bien, me di unos golpecitos con el dedo índice el dorso de la otra mano. Estaba lista para enfrentarme a la humillación, que iba a llegar en cualquier momento. Entonces comprendí lo que quería decir y me quedé paralizada.

—¿Yo?

—Entiendo que ayer empezamos con mal pie...

Solté una carcajada.

—¿Se refiere a que se sintió insultado porque solo llegué con dos minutos de antelación?

Su expresión se volvió gélida.

—Parece tener la costumbre de interrumpir.

No se me escapó el cambio en la dinámica de poder entre nosotros. Quería saber más sobre Myles, pero no necesitaba el trabajo. Él necesitaba una asistente y no tenía ni idea de quién era yo.

—Vengo de una familia numerosa. O hablas o te atropellan.

Una sombra, un indicio, un espejismo de lo que algún día podría ser una sonrisa se dibujó en sus labios. ¿Estaba aceptando mi explicación? Era la verdad, pero él parecía ser de los que no aceptan excusas.

—Bien. Intente contenerse en la oficina. No me gusta repetir las cosas. El sueldo y el horario serán los mismos que había acordado con la señora Crane.

Asentí y crucé las piernas. Su mirada siguió el movimiento y luego ascendió hasta mis ojos. El aire crepitó entre nosotros y el calor se filtró en mi cuerpo y se dirigió hacia el sur en el peor momento posible.

Llevaba demasiado tiempo interesada en Myles Foster como para no sentirme afectada por él. ¿Había él pensado siquiera en mí? ¿En mi familia? Abrí la boca para decirle quién era en realidad y obtener la respuesta a esa pregunta, pero me mordí la lengua. Moví la pierna y mis nervios se reavivaron. Al parecer, tenía una segunda oportunidad para averiguar algo más. Él sabía que yo era Wynn Kerrigan y que estaba interesada en trabajar en la industria de la destilerías. No sabía que también era Wynter, la niña asustada, una de las hermanas Kerrigan de su pasado. ¿Qué habría pasado si se lo hubiera contado?

El Myles que me había despedido por no llegar lo bastante pronto no habría dicho «*¿Qué coincidencia! ¿Cómo va todo?*». El Myles que me había echado habría pensado que era una mentirosa y me habría ordenado salir del edificio tan rápido como mi resaca me lo hubiera permitido sin vomitar. Quería conocer al Myles que estaba dispuesto a contratarme. El Myles que me hacía sentir mariposas en el estómago y me provocaba sensaciones muy adultas.

Ese hombre no era de los que acogían su pasado con los brazos abiertos. En los artículos de sociedad sobre él no había aparecido nada de su historia, solo que había sido un niño de acogida. A la gente le encantaban las historias de éxito de personas que se habían hecho a sí mismas, que habían pasado de la pobreza a la riqueza, pero él nunca lo había utilizado como material adicional en esos artículos. Gran parte de lo que había leído no eran más que conjeturas.

Quizá fuera muy reservado, o quizá odiara a los Bailey. No lo sabía, y quería saberlo. No iba a dejar que me volviera a apartar de su vida hasta saber antes por qué.

Como no le hice ninguna pregunta, él continuó.

—Se perderá el período de formación que habría pasado con ella durante dos semanas, pero me ha asegurado que es usted competente y que conoce bien el negocio.

Asentí. ¿La señora Crane lo había abandonado a propósito? ¿Lo había dejado colgado porque él estaba a punto de echarle a perder lo que probablemente había sido una excedencia meticulosamente planeada?

Mi respeto por ella aumentó considerablemente.

—No pasa nada. Aprendo rápido.

—Me ha dicho que tenía experiencia en destilerías. ¿En cuáles?

¿No lo sabía? ¿La señora Crane era la única que tenía acceso a mi currículum? ¿Y no se lo había dicho? Quizás no sabía nada de su tensa relación con los Bailey, de Copper Summit Bourbon.

Iba a aprovechar esa falta de comunicación en mi beneficio. No podía decirle que había trabajado en todos los departamentos de Copper Summit desde que era adolescente, pero podía contarle otras cosas que eran ciertas.

—He trabajado con los equipos de marketing de Leopard Print, en Wyoming, y con Raging Ears, en Idaho. También participé en la creación de una red de distribución minorista con algunas destilerías locales en Dakota del Norte y del Sur. —Todo era cierto, solo que a través de Copper Summit. Mi padre era un hombre generoso y creía que la marea alta levantaba todos los barcos. Le gustaba ayudar a las destilerías incipientes con su experiencia y su orientación.

Sentí un nudo en la garganta. En esos días, me ocurría siempre cuando pensaba en mi padre.

Myles me estudió un instante.

—Entonces, ¿por qué no trabaja para ellos? ¿Por qué le interesa un puesto temporal en Foster House?

¿Siempre era tan suspicaz?

—Como le dije a la señora Crane, quería saber si la zona de Denver era para mí antes de comprometerme con un contrato de alquiler y mudarme.

—¿Es de un pueblo pequeño? —La irritación le hizo entrecerrar los ojos, como si no pudiera creer que le importara lo suficiente como para preguntarlo.

—Muy pequeño —fue todo lo que dije.

Solo obtuve un asentimiento a modo de respuesta.

—Entonces, ¿le interesa?

Mi atención se aguzó. Estaba muy interesada. Ah, se refería al trabajo...

—Sí. Incluso me esforzaré por llegar cinco minutos antes por las mañanas.

Su expresión no se alteró ni un ápice. ¿Todavía sabía cómo sonreír?

—Muy bien. La acompañaré a hacer un recorrido por las instalaciones y, durante el resto del día, puede familiarizarse con el espacio de trabajo de la señora Crane. Me ha enviado un correo con las instrucciones, que le reenviaré luego, y un enlace a su manual de procedimientos.

—Qué minuciosa —murmuré. Bajé la mirada hacia mi ropa. El día anterior iba bastante bien vestida, pero lo que llevaba en ese momento rozaba el ridículo en comparación con su aspecto—. Pero no he venido arreglada para trabajar en una oficina.

Me recorrió el cuerpo con la mirada.

—¿Puede asegurarme que mañana se vestirá adecuadamente?

Necesitaba abanicarme. Mi temperatura interna había subido veinte grados cuando me había mirado así.

—Muy adecuadamente.

Lo único que conseguí fue que entrecerrara los ojos. Quizá no le hubiera resultado gracioso, pero disfrutaba haciéndolo reaccionar. Estaba deseando ver lo que ocurría los tres meses siguientes.

MYLES

¿Por qué la estaba acompañando en una puñetera visita guiada?

Normalmente me encantaba pasear por la antigua sede minera que había comprado y que había renovado para convertirla en una destilería antes de cumplir los treinta. La ubicación tenía sentido: era una antigua mina que había podido comprar por poco dinero, pero lo más importante era que las montañas me atraían más que un almacén vacío en la ciudad. Mientras se renovaba la mina, había

planificado el resto de la empresa. Casi deseaba poder volver a hacerlo.

Podía hablar todo el día sobre variedades de maíz, las mejores fuentes de barricas de roble y las tasas de evaporación. Podía discutir durante horas con los agricultores sobre los rendimientos, con los distribuidores sobre los precios en función de la antigüedad de un lote y con mis destiladores sobre los mejores aditivos para aromatizar el whisky. Pero mi trabajo era dirigir ese lugar y hacerlo lo mejor posible para que todos mis empleados tuvieran un trabajo con el que ganarse la vida.

Yo no acompañaba a nadie en una puñetera visita guiada.

Pero iba a trabajar en estrecha colaboración con la señorita Kerrigan, así que tenía lógica hacerlo, aunque esa excusa me sonaba pobre. Si le hubiera pedido a otro empleado que la acompañara, habría tenido tiempo para pulir el discurso más importante de mi vida.

En lugar de eso, la guie por delante de las ollas de maceración mientras le explicaba de dónde procedía el maíz; luego entramos en nuestras salas de fermentación y pasamos por delante de nuestros alambiques. Finalmente, la llevé a las salas de las barricas, en el lugar más apartado del edificio.

—El embotellado y la distribución se realizan en la ciudad, ¿verdad?

Cada vez que me hacía una pregunta, sentía una emoción que me recorría el cuerpo. No planteaba las cuestiones propias de un visitante: indagaba en mi relación con los agricultores y en cómo había establecido esos vínculos con productores fuera de las fronteras del estado de Colorado.

Yo no me limitaba a Colorado: buscaba a cualquiera que pudiera proporcionarme un producto de calidad de forma fiable. Cuando se lo dije, ella solo asintió, sin revelarme lo que pensaba en realidad, aunque su opinión no me importaba en absoluto. La había conocido hacía apenas veinticuatro horas.

—Sí, el proceso se lleva a cabo en la ciudad por ahora —respondí—. Los barriles se transportan a un almacén en la ciudad, donde se empaquetan y se cargan en camiones para su distribu-

ción. Actualmente, tengo contratos con proveedores locales de licores, pero dentro de dos meses tengo una reunión con Mainline Grocers.

Ella silbó.

—Las grandes ligas. Estará en las estanterías de las licorerías de todo el país.

Ladeé la cabeza.

—Entonces nos expandiremos y trasladaremos el empaquetado al lugar de producción.

Me miró fijamente.

—¿No le gusta el transporte?

Negué con la cabeza.

—El esfuerzo y el coste se aprovechan mejor en otras cosas. Dependemos del tiempo y de los plazos de envejecimiento. Tengo que asegurarme de que somos eficientes en todos los demás aspectos para optimizar los beneficios.

Su mirada se aguzó.

—No es la primera vez que lo escucho.

Ni yo: era una de las muchas ideas que había recopilado a lo largo de los años.

En el último año había pensado más que nunca en mi posición en la industria, y mostrarle a Wynn la destilería me llevó muchos recuerdos.

La mujer que estaba a mi lado también estaba confundiendo mis pensamientos. La había visto el día anterior en el aparcamiento, contemplando el edificio con admiración. Estaba impresionante junto a su coche, cuatro pisos más abajo. De cerca era... desconcertante.

No tenía problemas para controlar la reacción de mi cuerpo ante las mujeres. No había conocido a ninguna que me resultara más interesante que la sala de degustación del segundo piso. Y entonces había llegado la señorita Kerrigan con su culo con forma de manzana enfundado en unos pantalones ceñidos, un jersey que insinuaba la curva de su cintura —y me hacía pensar en cómo sería tener sus pechos en mis manos— y su actitud provocadora.

Quizás me había acostumbrado a que las mujeres me adularan. Oscilaban entre un interés moderado y un deleite desenfrenado dirigido a mi cartera o a mi pene. Muchas me ignoraban, y estaba bien. La mayoría de las veces era lo mejor. La señorita Kerrigan me miraba como si viera más allá del traje, como si conociera al niño sucio sacado de un hogar infestado de ratas. El niño que sabía usar una aguja hipodérmica antes de los diez años.

Normalmente, cuando tenía esa sensación, quería salir corriendo y borrar a esa persona de mi vida. Pero con mi nueva asistente no era así. Ella no buscaba mis debilidades para utilizarlas en mi contra: me veía como era, y veía más allá de mi aspecto. Me hablaba como si estuviera interesada de forma innata en el trabajo que hacía, como si lo entendiera y sintiera una pasión por él que no solía encontrar en las personas a las que entrevistaba.

Deja que la señora Crane encuentre al empleado temporal perfecto.

Dichosa señora Crane. Sabía lo que hacía cuando me llamó para decirme que estaba enferma y que tenía que cuidarse para recuperarse a tiempo para la intervención a la que se iba a someter. Yo había trastocado sus planes cuidadosamente trazados y sus manuales de procedimientos, orientados al detalle, y ella había utilizado el mismo sistema para darme una lección.

—¿Alguna pregunta más? —inquirí, dejando escapar mi mal humor. Odiaba los cambios. Ya había tenido suficientes, y la señora Crane había sido mi roca en medio de la tormenta durante años.

La señorita Kerrigan era una bonita obra de arte a la que quería admirar. Quería tenerla en mis manos y descubrir cuánto se calentaba al tocarla.

—No hay más preguntas. —El ligero tono burlón de su voz fue como un puñetazo en el estómago. Su voz era un ronroneo sensual, como si no pudiera evitarlo. Cuando había entrado por primera vez en las oficinas y le había dedicado una radiante sonrisa a Braxton, había estado muy tentado de decirle que se fuera, pero habría sido un imbécil mayúsculo. Y lo habría sido aún peor aún si culpara de mi mal humor a los ceñidos pantalones negros y al atisbo de la piel de su hombro.

El día anterior llevaba el pelo recogido en un moño tenso; en ese momento unos mechones le rodeaban el rostro y el resto se deslizaba en forma de abanico, sujeto con una pinza. La Wynn informal me resultaba más difícil de controlar que la señorita Kerrigan con traje de oficina.

Di media vuelta para regresar a mi despacho.

—Le daré la contraseña de la puerta. Solo funcionará cuando yo esté en el edificio. Necesitará una identificación. Y también hay un paquete de Recursos Humanos esperándola para que lo rellene en el escritorio de la señora Crane.

—Genial. —Se puso a mi lado, con la cabeza ladeada para protegerse del sol que entraba por las ventanas que iban del suelo al techo. Aceleró el paso para seguirme el ritmo.

Por el rabillo del ojo, vi que hacía una mueca de dolor.

—¿Va todo bien, señorita Kerrigan? —¿Por qué me importaba? Normalmente no me involucraba en la vida privada de mis empleados.

—No he dormido bien. —No me dio más detalles, como si las razones de su insomnio no fueran asunto mío.

—Espero sinceramente que tenga la agenda libre. Tendremos que hacer algunos viajes de trabajo en las dos próximas semanas.

—Ya me lo había dicho la señora Crane. Estoy libre.

¿Estaba soltera? No llevaba un anillo en el anular izquierdo, pero sí en los dedos medios y en el anular derecho. No llevaba collares, pero tenía tres agujeros en cada lóbulo de las orejas. No sabría decir si la señora Crane había llevado alguna vez un collar. Bajé las escaleras sin molestarme en ver si me seguía. Esperaba que no lo hiciera. Tenía que regresar a mi oficina y recordarme a mí mismo que el trabajo y el placer no se mezclaban. No necesitaba pensar en las piernas torneadas de mi asistente ni en cómo sería estar entre ellas.